Miguel Higueras

CÁNDIDO

o

Las marrullerías del sino

Vision Libros

CÁNDIDO
o
Las marrullerías del sino

MIGUEL HIGUERAS

CÁNDIDO
o
Las marrullerías del sino

CÁNDIDO o Las marrullerías del sino
© Miguel Higueras
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-596-7
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Sergio Aguilera Rubio
sergio@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

“Decimos que la suerte nos sonríe si algo inesperado nos alegra. Conviene ser cautos: la sonrisa podría ser mueca de burla”.

1.- LA VIBORA HOCICUDA

Aunque el monótono movimiento del limpiaparabrisas, el techo de nubes grises y la mansa lluvia que se abatía sobre Madrid lo invitaran a la melancolía, Cándido tenía motivos para esperar que aquél viernes de Noviembre fuera un día memorable.

Presentía que algo inesperado y que acabaría con la trivialidad de su rutina le iba a ocurrir, pero carecía de agudeza premonitoria para adivinar que aquél día cambiaría su vida y, menos aún, cómo la modificaría.

Hacía ya rato que no le prestaba atención, pero seguía oyendo cómo el funcionario de tráfico culpaba a los automovilistas desde la radio de que serían los únicos responsables de los accidentes en los que iban a morir.

Mientras pisaba con saña el freno y daba un volantazo para eludir el parachoques del coche que lo precedía, masculló:

—Menos broncas y a ver si gastáis en carreteras algo de lo que nos sacáis en impuestos de coches y gasolina.

Como todas las mañanas de viernes a aquella hora, conseguir que el coche avanzara sin rozar a los que a medio metro de distancia por delante y por detrás y a izquierda y derecha pretendían lo mismo, se antojaba un milagro imposible.

El tráfico era aquella mañana particularmente lento porque el martes era festivo y la mayor parte de los madrileños no tendrían que volver a trabajar hasta el

miércoles, lo que les permitiría colmar durante horas las carreteras, abarrotar todos los hoteles y apartamentos de España y volverse a hacinar en sus coches para regresar a Madrid dos días más tarde.

Una vez más, los habitantes de Madrid mostraban ya claros síntomas de exopatía, el peculiar desorden mental que los induce a escapar de la capital en cuanto disponen de más de un día de asueto.

Entre la ida y la vuelta pasarían en la carretera tanto tiempo como en los lugares a los que tan ansiosamente se dirigían y, aunque algunos temían accidentes en el trayecto,pocos eran capaces de renunciar a las delicias de los puentes festivos del calendario laboral de cada año.

Cándido Alegre Sort había regresado del último puente escarmentado de las desventuras pasadas y se prometió quedarse en la ciudad disfrutando de su plácida quietud cuando todos sus conciudadanos se enrebañaran hacia las carreteras en la siguiente ocasión.

Pero se dejó contagiar por la artificial excitación de las vísperas, olvidó su prudente propósito y metió esa mañana en el maletero el equipaje, para ser de los primeros que esa tarde dejaran atrás Madrid.

Desde luego, nada de eso hubiera bastado para cambiar sus planes. Lolita era la razón y la causa.

Por Lolita había claudicado y, a pesar de que se había prometido que no volvería a hacerlo, se disponía a sumarse a otra de las fugas masivas de los madrileños.

Esa cesión por su parte la explicaba el inesperado cambio de la muchacha, que lo reafirmaba en su convicción de que el hombre consigue todo lo que se propone siempre que su tenacidad supere, sin rendirse, los contratiempos.

Desde la radio, la voz del funcionario de tráfico se hizo inesperadamente piadosa al terminar su sermón, para conceder que los automovilistas no serían los únicos culpables de los accidentes que provocarían. "Hay que tener en cuenta"—admitió—"los imprevistos"

"La mala suerte y los imprevistos"—murmuró escandalizado Cándido—"no son más que excusas de quien no es capaz de conseguir lo que quiere. Yo decido mi suerte y preveo los imprevistos".

La menuda lluvia que caía intermitentemente del palio de nubes oscuras entorpecía todavía más el tráfico, que parecía espesarse medio centenar de metros adelante, por donde Cándido debería girar a la derecha para enfilar hacia su oficina.

Un bocinazo prolongado sonó en aquél punto y, antes de que el sonido se apagara, varias decenas le hicieron eco, mientras algunos conductores se atrevían a asomarse a las ventanillas, desafiando la lluvia, para saber por qué se había detenido la circulación.

Un guardia con un impermeable blanco se precipitó desde la acera opuesta hasta el centro de la calle y con gestos bruscos que acompasaban los cortos pitidos de su silbato comenzó a gesticular en medio de los coches.

Cándido percibió aliviado que los automóviles volvían a avanzar y, cuando los que lo precedían lo hicieron, presionó levemente el acelerador al mismo tiempo que bajaba el intermitente indicando su intención de girar a la derecha.

El guardia, sin embargo, manoteaba enérgicamente para que renunciara a la maniobra y siguiera en línea recta. Cuando el morro de su coche rebasó la esquina comprobó que el guardia no lo dejaba girar porque la calle había sido cerrada al tráfico por la policía, que había formado una barrera alrededor de varios centenares de

personas agolpadas frente al edificio de la Consejería de Medio Ambiente de la Comunidad.

Aunque los acuciantes gestos del municipal lo forzaban a concentrar su atención en la marcha de su vehículo, tuvo tiempo de distinguir que una gran pancarta desplegada por los manifestantes conminaba a los funcionarios sitiados: "Salvad las víboras".

Cándido recordó que había leído en los periódicos y sabido por los noticieros de la televisión la razón que movía a los ecologistas: al remover la joroba de una loma para allanar el terreno por donde debería construirse una autopista, a uno de los obreros lo mordió una víbora y el veneno le causó la muerte.

Conmocionados por el suceso, los amantes de la naturaleza organizaron coloquios, conferencias, ayunos, sentadas, campañas de envíos de mensajes por teléfono celular y manifestaciones para forzar al gobierno a alterar el trazado de la autopista y salvar así a la colonia de víboras hocicudas, una especie en peligro de extinción.

La manifestación había obligado a Cándido a girar dos calles más adelante de la que enfilaba cada día para dirigirse a su oficina y, aunque el retraso que le había causado el incidente era insignificante, le preocupaba que, cuando por fin llegara, no encontraría libre ningún espacio donde aparcar.

El reloj digital del coche señalaba que llegaría un cuarto de hora tarde a la oficina, por lo que tendría que renunciar a sus planes de guardar en el maletero el equipaje de Lolita antes de que ella se instalara en el antedespacho del jefe de personal, del que era secretaria.

Lolita, una morena de melena corta y ojos de ausente, con aires de candor equívoco y de la que se decía que rendía servicios privados al jefe de personal no incluidos entre sus obligaciones laborales, iba a ser su pareja durante los cuatro días del puente festivo.

Hacía ya casi un año que Cándido intentaba llevársela al río pero hasta la semana anterior no le había arrancado la que esperaba que fuera una promesa de que estaría dispuesta a mojarse.

Durante el largo acoso, y a cada invitación de Cándido para cenar, para ir al cine o para visitar la exposición de grabados en un museo, Lolita respondía invariablemente:

—Pero, ¿es que los hombres siempre estáis pensando en lo mismo? Estáis obsesionados con algo a lo que yo no le doy ninguna importancia.

El tiempo se encargaría de demostrarle a Cándido que Lolita no le mentía, porque lo que se quejaba de que perseguían los varones como una obsesión, era para ella tan habitual como beber cuando tenía sed, sin importarle el líquido que contuviera el vaso.

Una pareja de novios oficiales, compañeros de trabajo, facilitaron a Cándido que Lolita accediera por fin a sus anhelos: habían comprometido el alquiler de un apartamento de dos habitaciones en una playa del Levante para el puente de Noviembre pero la pareja con la que iban a compartir el coste del arrendamiento les anunció una semana antes del viaje que no podrían acompañarlos porque a ella la iban a operar de vegetaciones.

Desayunaba Cándido en la cafetería de la empresa cuando, tres días antes del inicio de las cortas vacaciones, entraron Lolita y la pareja que buscaba sustitutos de los que habían cancelado el viaje.

Mojaba en la taza de su café con leche la ensaimada cuando Argimiro Taboada, un jefe de sección de contabilidad que acompañaba a Lolita y a su amiga, se dirigió a Cándido.

—Tú a donde te vas, ¿a la playa o a la sierra?

—Yo me quedo porque, aunque quisiera salir de Madrid, ya es imposible encontrar hotel o apartamento.

Era Taboada un sujeto siempre sonriente, de tronco estrecho coronado por una cabeza tan pequeña que parecía reducida por los jíbaros y ancha barriga, que daba a su figura un aspecto cónico.

Paloma Zurita, la exuberante morena de incontrolado parpadeo que secreteaba con Lolita mientras su novio conversaba con Cándido, lo tranquilizó:

—Por eso no tienes que preocuparte. Hemos alquilado un apartamento precioso de dos dormitorios y muy barato cerca de Mojácar y tenemos una habitación libre, porque los que iban a venir con nosotros se han rajado. Podríais veniros Lolita y tú.

Si Lolita hubiera sido la candorosa ingenua que aparentaba y si no se hubiera maquillado aquella mañana como cada día, seguramente se hubiera ruborizado al balbucear ostensiblemente escandalizada:

—Ay, por Dios, y que iban a pensar si se enteran que voy con alguien que ni siquiera es mi novio…

Paloma, que tenía solución para casi todo y que veía al alcance de la mano el remedio para compartir gastos, la tranquilizó:

—Si se enteran, que no tiene nadie por qué enterarse, que piensen lo que quieran. Además, a nadie le harías daño y a nosotros nos vendría muy bien repartir el precio del alquiler.

—Yo estaría encantado de ir—intervino Cándido—y no me importaría dormir en el sofá cama que seguramente habrá en el salón.

—Si es así—concedió Lolita—y os ayuda a ahorrar para los gastos de la boda…

Aquella anodina mañana de Noviembre, la cafetería de la empresa fue escenario de la solución de los problemas que, con mayor o menor premura, acuciaban a los cuatro protagonistas:

A Cándido se le presentó la ocasión largamente acechada de emparejarse con Lolita.

La pareja de novios se ahorraría una cantidad de dinero que se habían resignado a perder.

Lolita era la más beneficiada por el acuerdo, porque sus clandestinas relaciones habían llegado a oídos de la esposa del jefe de personal, y lo había conminado a romperlas, fulminantemente, bajo amenaza de un escandaloso divorcio que lo llevaría a la ruina.

La acordada expedición de las dos parejas a las playas de Levante no había sido resultado de una conversación casual en la cafetería de la empresa, sino la culminación de una estrategia meticulosamente ideada por la imaginativa Paloma.

Lolita hacía tiempo que la había hecho confidente de sus actividades extralaborales y, cuando su atribulada amiga la informó del tajante ultimátum de la burlada esposa, se ofreció a sacarla del apuro:

—Tranquila, que ahora es cuando tenemos que demostrar que las mujeres no somos iguales que los hombres, sino que somos superiores.

— Lo más importante—la aleccionó—es que parezca que eres tú quien dejas a tu jefe y que no es tu jefe quien te deja a ti, y que lo dejas porque a ti te conviene y que te conviene porque has encontrado a alguien mejor.

—Pero, ¿a quién voy a encontrar antes de que esa mujer monte el escándalo?

—A alguno que te haya pretendido y que hayas rechazado.

Lolita quedó momentáneamente pensativa:

—Pues como no sea Cándido, ningún otro se ha atrevido a acercárseme, vete a saber si por miedo a enemistarse con el jefe de personal, porque ya sé que desde hace tiempo se rumoreaba que tenía algo conmigo.

—¿Cándido? Perfecto. Es soltero y, lo que es más importante, es babieca. Lo que hay que hacer…

El plan de Paloma Zurita, con el colofón aparentemente casual escenificado en la cafetería de la empresa, resultó tan tentador para el inocente Cándido que, como el más ingenuo de los pichones, se olvidó de su propósitos de no volver a salir de Madrid en ningún otro puente festivo y bendijo al cirujano por la fecha para la que había fijado la operación de vegetaciones de la desertora.

Todavía abstraído por la evocación de su fortuna, percibió que un nuevo milagro lo favorecía cuando distinguió que los intermitentes de la parte izquierda de un coche aparcado a unos cien metros de su oficina empezaban a parpadear, indicando la intención del conductor de salir.

Parecía imposible, pero acababa de quedar libre un lugar donde aparcar, justo a la puerta de una cafetería.

Con las llaves en la mano, se acomodó en el único hueco que quedaba libre en el mostrador, pidió al camarero un café largo de leche con una ración de porras y, al ir a mojar la primera de ellas, su codo chocó con el del parroquiano de al lado en el momento en que lo empinaba para llevarse a los labios su taza de café.

—Disculpe. Espero no haberlo manchado.

El hombre no parecía haberse percatado siquiera del incidente. Más que delgado era canijo, le sobraba chaqueta o le faltaban carnes para llenarla. De la boca le colgaba un abultado labio inferior que le daba apariencia de camello triste. Le sobresalía de la nariz un verrugón morado y, cuando lo miró, Cándido creyó que, en vez de quejarse por el codazo, le iba a pedir limosna.

—Nada. Es igual.

Vio cómo alargaba al camarero un arrugado billete de cinco euros, se guardaba los dos que le dio de vuelta y,

cuando Cándido pagó su consumición, dejó la propina y se encaminaba hacia la puerta, todavía le dio tiempo de ver al camello triste abrir indeciso la puerta y aventurarse a la calle.

Junto a la puerta contigua a la del bar, un cartel pintado a mano y colocado en un trípode anunciaba a la entrada de un establecimiento de lotería: "Euromillones: Bote de 32 millones de euros".

El del verrugón morado leía el anuncio como si no fuera capaz de verlo, sin apartar de él la vista y sin decidirse a continuar su camino. Cándido, que pocas veces se había dejado tentar por la lotería, se encaminó resuelto hacia la casa de apuestas.

Su reciente compañero de bar había llegado antes a la puerta del despacho de apuestas, aunque todavía parecía dudar si por fin entraría. Posiblemente acostumbrado a dejar pasar, se apartó e invitó a Cándido:

—Pase, entre usted primero.

Cuando pagó al lotero su apuesta y mientras se guardaba el resguardo en la cartera, oyó al taciturno desconocido que solicitaba al dependiente una columna, le pagaba los dos euros de su importe y guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta el papel impreso por la máquina.

Ya en la calle, y a través del vidrio de la puerta, Cándido se fijó en el tembloroso labio inferior del apesadumbrado individuo con el que aquella mañana había coincidido casualmente y, convencido de que nunca más volvería a verlo, apresuró el paso para recuperar en el corto trayecto hasta su oficina, el tiempo que había perdido.

2.- EL TRAVESTI LESBIANO

Al salir a la calle, el dromedario taciturno se quedó parado en medio de la acera y miró a derecha e izquierda como dudando hacia donde dirigirse. Aunque su imagen reflejara sus dudas sobre el camino que finalmente seguiría, ya había decidido que, de ninguna manera, volvería a su casa.

Camilo Bonilla Criado, de 42 años de edad, natural de Leganés, en paro desde que salió de la cárcel tras cumplir la condena de dos años por llevarse la noche de un domingo los dos millones de pesetas de la caja del videoclub en el que trabajaba, volvería antes a su celda que al piso que compartía con Nélida, que se llamaba Bartolomé Perea Rodríguez hasta la operación de cambio de sexo.

Había sido la insistencia de Nélida cuando todavía se llamaba Bartolomé, su sabia dosificación de caricias, puñetazos, súplicas y amenazas para que consiguiera el dinero de la operación, lo que irremediablemente acorraló a Camilo hasta apoderarse de la recaudación del videoclub.

Presentía Bonilla la noche de tres años antes en la que conoció a Nélida,que aquella descarada hembra de escandaloso maquillaje que lo saludó buscándole las ingles cuando se le acercó en la barra del bar de copas, que el amor mercenario que le ofrecía sería su perdición.